

Carles Capdevila

# PARIR CON HUMOR

*La Campana*

1.ª edición: noviembre del 2000, RBA libros, S.A.  
1.ª edición revisada y ampliada: noviembre del 2016

© Edicions La Campana  
Avenir, 49, 08021 Barcelona  
Tel.: 93 453 16 65  
[www.lacampanaeditorial.com](http://www.lacampanaeditorial.com)  
[info@lacampanaeditorial.com](mailto:info@lacampanaeditorial.com)

Diseño de la cubierta: © Duró

ISBN: 978-84-16863-11-2  
Depósito legal: B. 24.787 - 2016  
Fotocomposición: EdiGestió (Barcelona)  
Impreso en Romanyà/Valls. Capellades (Barcelona)

*A Aina, Nil, Abel, Aniol y, muy especialmente,  
a Eva, la madre que los parió.*



PRÓLOGO DEL AUTOR  
A ESTA EDICIÓN REVISADA Y AMPLIADA

Este es un libro que quiero mucho. Con él empezó todo, es el origen de una faceta de periodista y de padre interesado en la educación que me ha dado, y me da, alegrías enormes.

Lo escribí hace diecisiete años, cuando hacía solo cuatro que tenía hijos.

Desbordado por las dos primeras criaturas –la parejita–, descolocado por el entorno, desubicado entre amigos sin hijos, tuve que recurrir a mi oficio de guionista para encontrar la manera de reírme de mis obsesiones. Como terapia. O me río o reviento. Lo escribí para mí. Ganó el premio Pere Quart y se acabaron vendiendo 30.000 ejemplares, hecho que confirma que hay muchos padres primerizos que se sienten igual de desbordados, descolocados y desubicados que yo en aquel momento.

Ahora hace veintiún años que soy padre, y tengo el doble de hijos que cuando escribí estas páginas. También tengo la suerte de haber escrito mucho sobre educación, de haber dado conferencias en centenares de AMPAS y de haber llevado la paternidad de buen humor a la radio, a la tele y a YouTube.

O sea, que no soy el mismo que escribió este libro, pero me reconozco en él. Y recordar aquel *yo* me hace sonreír.

Me ha gustado revisarlo, actualizarlo y añadirle un epílogo con algunas cosas que he aprendido en estos años, pero he querido mantener el espíritu original, el alma de aquel Carles. Sobre todo una candidez y una ternura que ahora no utilizaría pero que eran genuinas y retratan el estado emocional de un recién llegado al mundo más contradictorio de todos, el de la paternidad. Ahora soy el padre veterano que con los últimos ya no esterilizaba el chupete –como mucho lo frotaba contra la manga si se había caído delante de algún testigo– ni ponía el termómetro en la bañerita: metía al niño directamente.

Lo he titulado *Parir con humor* porque el parto es el centro de la historia, el núcleo. Y porque es un homenaje a las madres que nos han parido. Es la historia de un embarazo, un parto y lo que viene después, vivido por una

pareja heterosexual. Es una experiencia a imagen y semejanza de la mía; tomé apuntes de quien tenía más a mano, que era yo. Celebro que hoy en día haya muchos modelos de familia; soy de los que piensa que una familia es un grupo de personas que han decidido vivir juntas y quererse, tanto si los hijos son adoptados, de dos madres, de dos padres, de una madre, de familias reconstituídas, o de tantas otras opciones. Quiero creer que en muchas cosas de las que explica el libro se sentirán igual de identificadas. Porque nada nos une más ni nos hace tan iguales como intentar educar a las criaturas. Ojalá este modesto ejercicio literario os ayude a hacerlo de buen humor.

CARLES CAPDEVILA







## BIENVENIDOS

En el mundo hay 7000 millones de personas, pero cada criatura que nace es la más importante del mundo. Y la más bonita. Menuda casualidad.

*Parir con humor* es una historia con tres protagonistas (ella, él y el Bebé) que reproduce paso a paso esta aventura tan única y, al mismo tiempo, tan universal. El argumento es muy simple: ella y él lo meditan, ella y él lo hacen, ella y él esperan, ella y él desesperan, ella tiene el Bebé (mientras él mira) y el Bebé cambia por completo las vidas de ella y de él.

Además de los tres personajes principales, en el libro aparecen un montón de actores secundarios incorporados por exigencias del guión. Artistas veteranos, como los padres y los suegros, invitados a bordar el papel de abuelos. Extras de lujo, como el ginecólogo o el pediatra. Y figu-

rantes, como los vecinos, el farmacéutico, los otros papás y mamás o los amigos-sin-hijos-ni-ganas, que completan la compañía artística liderada por el Bebé.

Ella y él necesitan paciencia, suerte, salud, dinero, amor, dedicación y mucho sentido común para sobrevivir a la llegada del Bebé. Pero también sentido del humor. Es la mejor terapia para disfrutar de la gran comedia del embarazo, el parto y la vida familiar.

Antes de poder gestar este libro de humor, tuve que tener el humor de gestar dos hijos. En eso su madre fue de gran ayuda: no sé si habría superado el peso de dos embarazos sin ella. Sin hijos habría tenido más tiempo y tranquilidad para escribir el libro, pero no habría sabido qué decir.

Sólo por ese motivo, mis hijos ya se merecerían la mitad de los derechos de autor. La otra mitad no se la merecen, aunque se la dilapidarán de todos modos. Los conozco como si los hubiese parido. Aunque no haya sido así.

Soy solamente el padre de las criaturas. Me convertí a esta causa con nocturnidad (en este tema, en casa, somos muy tradicionales) pero sin alevosía: nos habíamos puesto de acuerdo. Por eso habíamos quedado allí, a aquella hora, desnudos de aquel modo.

Sí, yo también he llorado en el taburete del baño al ver la marca rosa en el test de embarazo. He hablado con una barriga, con voz cursi y temblorosa. He mentido al ginecólogo, simulando haber adivinado dónde estaban los pulmones en la borrosa ecografía. He excedido el crédito de la tarjeta preparando el nido. He gritado histérico al oír que ella había roto aguas y he conducido el coche temblando de pánico.

He vuelto a mentir diciéndole a ella que lo estaba haciendo muy bien, lo de respirar y empujar, sin tener la más remota idea de cómo había que respirar y empujar. Me he alegrado de no desmayarme, porque menuda vergüenza tenerlo que explicar después.

He vuelto a llorar ante el cristal del escaparate donde exponían por primera vez a mis hijos. He sufrido cuando las visitas los cogían en brazos. He tenido miedo de que el agua de la bañera estuviese demasiado fría, o quemase, o de que se me resbalaran y se ahogasen.

He tenido la tentación de tirarlos por la ventana la tercera noche de cólicos, pero la he resistido. He agotado la tarjeta de almacenamiento de mi móvil, retratándolos segundo a segundo. Y he lamentado que la gente no nos aplaudiese al sacarlos de paseo por primera vez.

Y hablo siempre de mis hijos, mucho más de lo que

mis amigos desearían, pero mucho menos de lo que me apetece. Ya lo veis: no sólo soy un papá; soy un auténtico papanatas.

*Parir con humor* es una historia basada en hechos reales, pero poco autobiográfica. Me considero un poco como él, pero no soy él. Ella, o él, podrías ser tú. Y el Bebé podría muy bien ser el tuyo. La intención es que cualquier parecido entre el libro y la realidad de cualquier padre, madre o candidato a serlo esté lleno de coincidencias.

A los que estáis aquí con ganas de ser los protagonistas de la historia os deseo justamente lo que ya tenéis o tendréis: lo mejor del mundo. Un día de estos quedamos y lo comentamos.

Y ahora os dejo con Ella y Él, que están a punto de tomar una decisión que cambiará sus vidas.

CARLES CAPDEVILA



## ELLA Y ÉL

Ella ya ha dicho que sí. Sí, quiero. Sí: quiero engordar, tener estrías y varices y almorranas, quiero marearme y tener la vejiga a punto de reventar. Quiero dejar de fumar, de beber, de comer picante. Quiero estar cansada e irritable. Quiero sufrir ardores de estómago y dolor de espalda. Quiero ser víctima de caprichos irracionales y sufrir unos cambios hormonales terribles. Quiero tener contracciones, romper aguas, tener que dilatar medio metro en cuestión de horas. Quiero convertir mis pechos en surtidores, quiero dejar de dormir durante meses, quiero poner en peligro mi carrera profesional, quiero estar ocupada y preocupada el resto de mi vida.

Y él todavía dice que «psé». Que: ¿Estás segura? Que estas cosas hay que pensarlas muy bien. Que no hay prisa. Que tal vez sea mejor esperar dos o tres meses y volverlo a

plantear, a ver cómo va el trabajo. Que el piso no es muy grande, que el coche es pequeño, que para ser papá hay que tener ciertas aptitudes, y ser responsable, y estar dispuesto a decir que no a los amigos cuando te propongan salir de fiesta.

Ella no se atreve a decirle que no sufra, que no verá a los amigos. Que sólo verá a los amigos que también tengan hijos, y que estarán encantados de tener con quien comentar la cara que se te pone cuando te das cuenta de que hace horas que llevas un lamparón en la camisa, justo después de aquel eructo. Tal vez ella está siendo víctima del reloj biológico, del instinto, del peso de la tradición, pero él se está pasando de la raya con el dichoso complejo de Peter Pan.

Ella contraataca y le dice que menuda tontería lleva encima y menudas excusas más peregrinas, que no importa si el trabajo les va mejor o peor hoy o dentro de dos meses, porque el crío estará con ellos para siempre.

Para siempre. Tal vez «para siempre» no es la expresión más adecuada para convencerle. Él dice que tendrán que limitar los viajes exóticos y ella le recuerda que todavía no han hecho ninguno. Él dice que todavía son jóvenes, y ella responde que si esperan demasiado ya se habrán jubinado cuando el niño les pida que le subvencionen su pri-

mer máster, que no será el último. Él reclama juego limpio, es decir, que no se hable del niño, que no se construyan frases que incluyan como sujeto al niño inexistente.

Ella dice que ya tiene planeada la distribución de su habitación. Él sale en defensa del niño que hace un momento se negaba a aceptar como sujeto de ninguna frase y asegura que un niño necesita luz natural, que la habitación pequeña y oscura no es digna de un niño. Ella sonríe: lo que él todavía no sabe es que la habitación oscura será su nuevo despacho. Y que el niño tendrá luz natural, por supuesto. Él se niega en redondo. ¿Perder el despacho? Ni hablar.

Es la guerra. Ahora ella le anuncia que se lo contará todo al niño. «Niño, tu padre se negaba a tenerte para no perder su despacho y para no tener que dejar de salir de fiesta con sus amigos.» Él cree que eso es juego sucio y reclama un pacto: nunca le revelarán al niño el contenido de la negociación. Será secreto de sumario. El niño no debe saberlo.

¿O sea que hay niño a quien esconder el sumario, o sea que hay niño, o sea que sí?

«Hablares otro día», dice él. Ella sabe que ese otro día será mañana mismo. Y él simula dormirse enseguida. Es consciente de que duerme con el enemigo, y duda de

sus armas. Por ejemplo: ella tiene un termómetro y un calendario en la mesita de noche y se muestra muy pero que muy cariñosa. Qué miedo.

De madrugada, sin hacer ruido, él se levanta a tomar las medidas de la habitación oscura, y decide cómo colocará el ordenador. Cualquiera sabe que esta maniobra nocturna es un gesto que anticipa la rendición.

Una de estas noches dejarán de hacer la guerra para hacer el amor.

